



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
CENTRO DE ESTUDIOS DE OPINIÓN

EL PAPEL DE LOS INTELLECTUALES EN LA DIFUSIÓN O CONSTRUCCIÓN DEL IMAGINARIO SOCIAL

SUSANA NEUHAUS

Abstract. In relation to the form in which it is constructed to the consensus for the support of the ideological-political amalgam and the organization of the social practices around the power, necessary to a certain social organization, we will use the theoretical contributions of some authors, by its meaning in which we would call a critical theory within the field of the social philosophy.

Resumen. En relación a la forma en que se construye el consenso para el sostenimiento de la amalgama ideológico-política y la organización de las prácticas sociales en torno al poder, necesaria a una determinada organización social, utilizaremos los aportes teóricos de algunos autores, por su significación en lo que llamaríamos una teoría crítica dentro del campo de la filosofía social.

Este consenso se logra a través de las significaciones organizadoras de sentido por las cuales un colectivo se instituye como tal, es decir, siguiendo a C. Castoriadis (La institución imaginaria de la sociedad, Tusquets Ed., Barcelona, 1983), la creación del imaginario social, que es invención incesante, social-histórica y psíquica, en el colectivo social.

En tanto producción de significaciones subjetivas importa la orientación que dichos valores, normas de conducta imprime en relación al las relaciones de poder.

La pregunta principal se refiere a quiénes son los protagonistas de esta construcción y de qué manera se logra su elaboración y sostenimiento.

Creemos importante detenernos en este trabajo en el papel de los intelectuales (señalando qué grupos entran en esta categoría), en la construcción de lo que Gramsci llama “*el consenso rutinario*” (Quaderni dal carcere, Einaudi Editore, 1976) y que coincide en gran parte con el concepto de “*imaginario instituido*” de Castoriadis (Op.Cit.).

La posibilidad de sostener dichas significaciones, corresponde a diversos mecanismos que la hacen posible, a través del discurso del orden (espacio de la racionalidad) y promoviendo las formas de comportamiento, que son “las formas en que el deseo se anuda al poder” (A.M. Fernández, Lo imaginario social, UBA, 1996)

La “ capacidad instituyente” aparece con la puesta en cuestión de significaciones centrales de una sociedad, en las formas concretas de la dominación, capacidad que en Gramsci se relaciona con la “*reflexión praxística*”, es decir, con la posibilidad de articular la propia práctica aislada con el conjunto de las prácticas sociales, re-significando sus efectos o reconstruyendo la importancia y el lugar de cada práctica social y generando novedad y cambio.

Esto implica una actividad reflexiva sobre el propio papel en la construcción y reproducción de prácticas y discursos que no se hallan desconectados del todo social, reflexión cuya ausencia no exime de esa responsabilidad a quienes , de una u otra manera, lo realizan desde sus prácticas.

El enfoque de Foucault en esta dirección se refiere a la colonización de los saberes y el papel de los intelectuales en torno a la producción de *efectos de verdad en relación al poder*, y es tomado comparativamente con la gramsciana,

para ver dos posiciones, que si bien señalan efectos similares, varían en sus concepciones y en sus métodos.

Los aportes de cada autor mencionado serán tomados dentro del contexto de su formulación, considerando desde un punto de vista metodológico que cada uno permitirá -negándolo como absoluto y afirmándolo en su parcialidad y provisionalidad- enriquecer y complejizar el enfoque alejándolo de posiciones reductivas, a la vez que sirvan como contrastación argumentativa del hilo hipotético tendido.

Siguiendo a Ilya Prigogine (*¿Tan sólo una ilusión?*, Tusquets, Barcelona, 19) el objeto de estudio debe ser abarcado y estudiado en su máxima complejidad, para considerar las relaciones múltiples que lo definen.

Nuestro punto de vista es la hipótesis -guía de esta búsqueda , y se refiere a la responsabilidad del intelectual en la perpetuación o reconstrucción de significaciones sociales que constituyen subjetividades acordes con un determinado estado de cosas para su sostenimiento en el contexto social, histórico y político de las diferentes sociedades en el mundo occidental , actividad que asume distintas formas históricas según el período estudiado, pero que se repite en su forma básica.

La búsqueda de los diferentes mecanismos y estrategias utilizados, que se diseminan multiplicándose en el todo social (histórica y dinámicamente actuante) a través del entretendido de las relaciones entre los hombres y los ámbitos a los que pertenecen, no se agota en esta monografía.

Sirva este trabajo para iluminar algunos aspectos matrices que generan nudos de relaciones, vínculos y formas de pensamiento y acción que no circulan al azar, sino que se articulan con las formas de poder vigentes, en sutiles tramas invisibles al ojo de la percepción directa.

Un ejemplo del campo de la Psicología, aparentemente desligado de relaciones con el ámbito político y menos aún con el económico, será utilizado para mostrar cómo, en un campo específico de la práctica, y a través de la utilización de un lenguaje aparentemente inocuo, se instituyen significaciones que pasan a formar parte de las representaciones sociales comunes, y que lejos de enriquecer, limitan y desvirtúan la reflexión necesaria en un terreno tan importante como es el concepto de sí, con sus repercusiones individuales y colectivas.

GRAMSCI Y EL PAPEL DE LOS INTELLECTUALES EN LA CONSTRUCCION DEL CONSENSO RUTINARIO

Se pregunta Gramsci , *“Los intelectuales ¿son un grupo autónomo e independiente o cada grupo social tiene su propia categoría especializada de intelectuales?”* (Storia degli intellettuali,Quaderno 12, pags 1513-51, 1930). (La traducción es mía).

Esta pregunta surge ante la ilusión de que el intelectual es “un pensador”que por sus capacidades especiales es capaz de colocarse por encima y mas allá de la trama histórico social en la que se halla, en realidad, inmerso.

Ignorar este compromiso con las prácticas sociales en general puede implicar invisibilizar las consecuencias y los efectos de la propia práctica, con las derivaciones ideológicas y políticas que esto apareja: crear “ideología” en el sentido de falsa conciencia y descompromiso con las implicaciones que la creación de nuevos dispositivos formadores de subjetividad tiene al orientar las prácticas, convirtiendo en “sentido común”, esto es, induciendo a aceptar como verdad lo pensado por otros y contribuyendo a su naturalización.

“Cada grupo social, naciendo sobre el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea a sí mismo, orgánicamente, uno o mas conjuntos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función no sólo en el campo económico, sino en el social y el político...”
(Ibídem)

En este enfoque, se considera intelectual a los técnicos, profesionales, juristas, científicos, filósofos y otros que reúnan una cierta capacidad técnica y dirigente, cuya ligazón con una clase social, implica una función de organización de la sociedad en general, en toda su complejidad, dando como resultado una adaptación de la cultura, el derecho, la educación y la ciencia, creando las condiciones mas favorables a la expansión de la clase dominante.

La caracterización de las diferentes actividades como “intelectuales”, no debe buscarse en lo intrínseco de la actividad misma, sino en el sistema de relaciones en el cual ellas (y por lo tanto las personas que las ejercen) se encuentran dentro del sistema general complejo de relaciones sociales.

Todo hombre es potencialmente, un intelectual, pero no todos tienen en la sociedad la función de intelectuales, ya que la creación de categorías especializadas para esta función está formada por las características histórico-sociales de cada sociedad. Los intelectuales “orgánicos” que cada nueva clase crea en su desarrollo progresivo, representan “especializaciones” de actividades que la nueva clase ha puesto en evidencia.

Por ejemplo, la más típica de esas categorías, la de los eclesiásticos, en la estructura económica precedente al capitalismo tenía el monopolio de la ideología religiosa, es decir la filosofía y la ciencia de la época, junto con la escuela, la instrucción, la moral, la justicia, la beneficencia, la asistencia, etc.

La acepción “*intelectual*” o “especialista”, proviene de la palabra “*clérigo*” en lenguas de origen neo- latino, y su opuesto es “*laico*” que quiere decir profano, no especialista.

Es por eso que en el contexto de la teoría gramsciana, el papel de los intelectuales no se halla divorciado de aquél de “*hegemonía*”, en tanto ellos juegan un papel protagónico en la construcción y reproducción de un discurso general y articulado que se vertebra a través de los múltiples discursos que atañen a la diversidad de espacios en que se desenvuelve la vida cotidiana.

La hegemonía de una clase, o de una alianza de clases, ligada a determinados intereses económicos, se logra a través,” *no de la coerción y la fuerza, sino a través de la creación de un consenso que se equilibra con el uso de la fuerza, y que manifiesta su homogeneidad en la opinión de la mayoría, expresado por los órganos de la opinión pública, que lo multiplican artificiosamente*”(Op. Cit . *L’egemonia come combinazione de forza e consenso, pags 58-59*).

Cobran así importancia la palabra y la imagen como el elemento principal mediador y constructor de consenso. Es el discurso hegemónico en lugar de la fuerza el que se filtra por todos los intersticios de la vida, es el que alimenta por identificación y construye capacidad simbólica para que los comportamientos sean voluntarios.

La diferencia, diríamos entre la forma coercitiva de las dictaduras y la consensuada de los regímenes parlamentarios, radica precisamente en que en los primeros predomina la acción sobre la palabra.

La tortura, el encarcelamiento y la fuerza toman el lugar de la simbolización. La palabra, cuando se usa, toma la forma de consigna, descontextualizada de su significación y de su contenido, y afecta al pensamiento, desorganizándolo (Adorno,T.W. , La ideología como lenguaje, Taurus, 1992,pag.12). Interesa mas

quien la envía que lo que quiere significar, interesa más su obediencia instantánea que la posibilidad de que sea razonada. Predomina la imagen sobre el concepto, la acción sobre la simbolización.

Se busca con ello la desintegración del pensamiento, la aniquilación de la subjetividad. No hay hegemonía sino **dominación**. La hegemonía necesita del poder articulador del consenso, que se diferencia de la coerción también en que ésta es paralizante, produce, como diría Hannah Arendt, un “movimientismo paralizante”, ya que induce a la formación de masas, en su sentido más regresivo.

Lo que queda paralizado en esos casos son las adquisiciones secundarias del razonamiento que son las que permiten la construcción de una voluntad colectiva. La parálisis, entonces, no es del accionar (de hecho, las dictaduras han movilizadas masas más que las democracias), sino de la posibilidad de unificación, del acuerdo colectivo (las masas uniformizan, disuelven la individualidad, no puede darse la intersubjetividad cuando no hay sujetos diferenciados, sino una masa amalgamada por lazos primarios), del uso del pensamiento y la palabra como mediadores de la acción.

La creación de un lenguaje común, que incluye las prácticas, queda ligado entonces a una etapa histórica determinada, y se difunde un discurso que en Gramsci es considerado político y hegemónico en tanto sirve a los intereses de la clase política y tiñe los múltiples discursos organizándolos alrededor de un eje común.

El objetivo es *la hegemonía cultural*, que envuelve y contiene a la económica y la política, ya que es la dimensión “ideológico-cultural”, la que estructura el “bloque histórico” entre elementos objetivos y subjetivos, entre filosofía y política, entre gobernantes y gobernados, bloque histórico que articula los elementos contradictorios presentes, otorgándole su peculiaridad a la formación económico-social correspondiente.

La “envoltura” ideológica de la hegemonía cultural ocurre a través de la creación y sostenimiento del “*sentido común*”, ya que los niveles políticos de decisión tienen una forma explícita, lo mismo que los económicos.

El concepto de “sentido común” como lo pensado por otros y aceptado acríticamente, indica el pensamiento fragmentario que impide ver la articulación de las prácticas y de la propia práctica en la “praxis” transformadora, que es siempre colectiva.

Este concepto vertebró la llamada “*filosofía de la praxis*” gramsciana y es, según esta concepción, el tipo de pensamiento que posibilita la formación del consenso necesario a la hegemonía, la mentalidad del hombre-masa, que pasa a formar parte de la “forma de ser”, actuar y pensar de un pueblo y de las prácticas culturales corrientes.

Estas concepciones del mundo no están explicitadas en el discurso sino que están implícitas y naturalizadas en el folklore, la ciencia, la moral popular y las normas de conducta y son parte constitutiva del pensamiento y la acción social espontáneos.

El papel de los intelectuales en estas construcciones del derecho, la psicología y la moral popular, pasa a ser central en tanto ocupan los lugares claves, (organizativos de sentido), tanto en instituciones públicas como privadas, en áreas ligadas a la educación, a la salud, a la publicidad, a la economía y a todos aquellos aspectos de la práctica social necesarios para el funcionamiento coherente de una sociedad.

LA POSICION FOUCAULTIANA

Michel Foucault tiene otro criterio (“La microfísica del poder”, pag. 133, Curso del 14 de Enero de 1976) . Acerca de este mismo tópico no habla de hegemonía sino de la forma en que el poder y el saber se anudan para generar un disciplinamiento de los cuerpos, a través de los dispositivos de poder.

“...en cualquier sociedad, relaciones de poder múltiples atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social ; y estas relaciones de poder no pueden disociarse, ni establecerse, ni funcionar sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento del discurso. No hay ejercicio del poder sin una cierta economía de los discursos de verdad...” (op. Cit. Pag. 140)

En esta producción de la verdad hay una presión constante en dos sentidos: producirla para ejercer el poder, y someterse al discurso verdadero en tanto la verdad hace ley, que transmite efectos de poder.

Ahora bien, Foucault diferencia dominación de sometimiento. En los regímenes parlamentarios-dice- la mediación del Derecho regula el ejercicio del poder por parte del soberano, instaura una legitimidad en el ejercicio del poder que, por su naturaleza contractual, es aceptada por todos.

Sin embargo, mas allá de esta aceptación , los procedimientos que utiliza el poder son múltiples, no se refiere a la dominación de un grupo sobre otro , sino a los **múltiples sometimientos**, sujeciones y obligaciones que se dan en las relaciones recíprocas entre los sujetos.

La manera de pesquisar estos procedimientos tiene que ver con el método general que propone, en el cual, por su misma naturaleza se cuestiona el saber centralizador de la ciencia, no yendo contra sus contenidos, métodos o conceptos, mas concretamente operan

“... *contra los efectos de poder de un discurso considerado científico.*” (Op. Cit. Pag. 130)

Estos procedimientos son: la genealogía y la arqueología. La primera parte de la idea de que en el comienzo de las cosas no se encuentra el *origen, como identidad primera, como lugar de la verdad* sino el disparate y el error, la discordia de las cosas .

Propone ocuparse en las meticulosidades y en los azares de los comienzos:

“...*dejarles remontar el laberinto en el que ninguna verdad jamás las ha mantenido bajo su protección*”(Op. Cit. pag.11)

Buscar esa proliferación de sucesos sería una tentativa de liberar a los saberes locales, discontinuos, no legitimados, del sometimiento, hacerlos capaces de oposición y de lucha contra la coacción de un discurso teórico unitario, permitiéndoles emerger de la oscuridad como una producción teórica autónoma que no necesita para validarse, de la legitimación de una ciencia elitista.

Es lo contrario a la búsqueda del fundamento, es mostrar la heterogeneidad y no buscar la continuidad en la historia del suceso, es percibir los accidentes, fisuras, pliegues que lo hacen inestable. Es en el cuerpo “*superficie de inscripción de los sucesos*” en que el lenguaje los marca y las ideas lo disuelven, “*volumen en perpetuo derrumbamiento*”, lugar de disociación del Yo, donde se inscribe la historia. La genealogía , se encuentra por tanto en la articulación del cuerpo y de la historia.

Resulta interesante , en este punto, considerar la postura diversa con respecto a lo planteado por Gramsci:

“... todos los hombres son filósofos, definiendo los límites de esa filosofía ‘espontánea’, propia de ‘todo el mundo’, esto es, la filosofía que está contenida: 1) en el lenguaje mismo (...); 2) en el sentido común y el buen sentido; 3) en la religión popular y por lo tanto en todo el sistema de creencias, supersticiones, opiniones, modos de ver y actuar que se revelan en todo aquello que generalmente se llama folklore”.(Op.Cit. pags.)

Este “todo el mundo” gramsciano debe entenderse a la luz de la estructura de clases. Por lo tanto, esta generalización queda acotada cuando vemos que se refiere a concreciones históricas: las clases sociales. Y son las élites gobernantes las que detentan y ejercen el poder, mientras que las clases subalternas , a través del ‘sentido común’, aceptan, subordinándose, los intereses de otra clase diferente y contradictoria con los de la suya propia.

Pero esta sustitución de intereses no es percibida como un acto de violencia, por el contrario , las clases subordinadas participan activamente y **se identifican** con una concepción del mundo que las niega. Este ‘sentido común’, - derivado de la concepción de ‘ideología’ marxista como falsa conciencia, y del sentido religioso crociano, (ciencia -religión-sentido común) no en el sentido confesional, sino en el laico de unidad de fe entre una concepción del mundo y una norma de conducta correspondiente.

Es un modo de subjetivación que ha de ser superado, a través del ejercicio de la crítica y de la toma de conciencia praxística, de la inserción del individuo en el curso de la historia, a través de una actividad transformadora en la unidad dinámica y contradictoria en la que se inserta.

Esto implica , en gran parte, superar las apariencias y poder indagar en las relaciones invisibles que condicionan en forma múltiple lo cotidiano. Para eso, hace falta que en forma colectiva, se supere el ‘momento productivo’ para acceder a una **reforma intelectual y moral** que es llamado el ‘momento ético- político’.

La lucha por la libertad , pasa entonces en Foucault por un 'rescate' de los saberes locales sin poner en duda la 'autenticidad' de éstos y presuponiendo que se hallan fuera de la esfera del poder, al no estar 'colonizados' por el saber oficial.

Propone llamar "... *'genealogía al acoplamiento de los conocimientos eruditos y de las memorias locales que permite la constitución de un saber histórico de la lucha y de la utilización de ese saber en las tácticas actuales'*" (Op. Cit., pag.130)

Es esta alabanza de la discontinuidad y la fragmentación lo que lo diferencia en este punto de la del filósofo italiano, en la que se busca articular el todo con la parte, el espacio público y el privado, eliminando la contradicción individuo-sociedad.

Este pensamiento disperso, acrítico, es para Gramsci el pensamiento del hombre-masa, que no permite la superación del individualismo, sino que lo exaspera al máximo.

La segunda manera en que Foucault se propone en cuanto a oposición a una inscripción de los saberes en la jerarquía de poder se refiere al análisis de las discursividades locales, en tanto el poder opera en las prácticas de los hombres, donde produce efectos reales y transita *transversalmente*, en las relaciones interpersonales.

Cabe preguntarse, junto con Foucault

"¿cómo se han, poco a poco, progresivamente, realmente, materialmente constituido los sujetos, a partir de la multiplicidad de los cuerpos, de las fuerzas, de las energías, de las materialidades, de los deseos, de los pensamientos, etc...?"
(Op. Cit.pag.143)

No preguntarse por la estrategia de conjunto, como lo haría Gramsci, sino asir los procesos cotidianos e ininterrumpidos que someten los cuerpos, guían los comportamientos, como elementos de conexión y efecto.

El mismo individuo es un efecto de poder, y éste transita a través de él a la vez que lo ha constituido, y cada mecanismo, que tiene su propia forma y su propia genealogía es investido, en una forma ascendente, colonizado, por formas de dominación global.

Dos movimientos: uno transversal y otro ascendente, una estrategia: la penetración en los cuerpos, múltiples tácticas diseminadas : la microfísica del poder, el ejercicio de la represión y la dominación en los puntos mas pequeños de la sociedad. Todo esto tiene su lógica y sus mecanismos a nivel molecular. La familia, los médicos, los pedagogos han instrumentado mecanismos de exclusión, han sido sus agentes y en determinado momento, los aparatos de vigilancia, la medicalización de la locura, de la delincuencia, es lo que ha cobrado interés para determinada clase social, interesada, sobre todo, por el poder puesto en juego en estos procederes.

“...Llegado un cierto momento y por razones que hay que estudiar, pusieron de manifiesto un provecho económico, una utilidad política, y, de golpe, se encontraron naturalmente colonizados y sostenidos por mecanismos globales, por el sistema del Estado” (Op. Cit. Pag. 146)

La articulación, por otra parte, de estas múltiples estrategias y tácticas del poder se realiza, no a través de producciones ideológicas sino por medio de la organización y puesta en **circulación de un saber**, de unos aparatos de saber que *no son ideológicos*.

Es aquí donde se vuelve importante por un lado , señalar la relación de mutuo sostenimiento entre el derecho, la verdad y el poder, y por otro, revisar el papel de los intelectuales en la producción y difusión del saber.

El derecho está basado en la soberanía, que instauro, por una parte, los derechos legítimos del soberano y del pueblo, y por otro, la obligación legal de la obediencia. El derecho pasa a ser el discurso del *disciplinamiento*, en tanto se da un doble discurso: una organización del derecho público organizado en base a la delegación de poder por parte de cada uno en el Estado, y la cuadrícula compacta de coacciones disciplinarias que aseguran la cohesión de ese cuerpo social.

Las disciplinas son portadoras de un discurso, tendiente a la normalización, a través de múltiples creaciones de saber. Lo que ha hecho posible el discurso de las ciencias humanas es justamente la yuxtaposición de dos líneas discursivas heterogéneas: ésta del derecho en torno a la soberanía y aquella de los disciplinamientos.

La incompatibilidad de unas con las otras hace que se haga necesario un discurso neutralizador, un saber aséptico y una aparente neutralidad axiológica, que es lo que legitima el discurso de la ciencia.

Por lo tanto, recurrir a los principios del derecho o a la autoridad de la ciencia, no se hace sino normalizar, legitimar los usos disciplinarios y asociar el saber con el poder. Por lo tanto, Foucault propone ir hacia un nuevo derecho que sería antidisciplinario y liberado del principio de soberanía. De ahí que ponga en cuestión el término *represión* ya que implica la doble relación jurídica y disciplinar.

La articulación de los hechos del discurso con los mecanismos del poder, tiene que ver con un nuevo modo de ligazón de la teoría y la práctica, en la que intervienen los intelectuales de una manera específica. Esto está planteado en

contraposición con la idea de un intelectual que por su elección moral, teórica y política, queda situado como portador de valores universales y representa la conciencia de todos.

Por el contrario, en esta concepción la actividad de participación en las luchas cotidianas, crea una red de relaciones transversales entre psiquiatras, magistrados, médicos y trabajadores sociales, sociólogos que tienen un carácter político: ha servido para soldar y articular categorías que no lo estaban.

El profesor universitario aparece en lugar del intelectual universal, como *“eje de transmisión”*, punto privilegiado de cruzamiento, políticamente significativo.

La figura del *intelectual “específico”* aparece según esto cuando se hace evidente que la producción de saberes no está desconectada de sus efectos políticos. Y esto ocurre después de la segunda guerra mundial con la amenaza atómica. El nuevo tipo de intelectual deriva de la figura del sabio- experto, portador de verdades científicas locales que intervienen en el curso de la vida social.

Este “intelectual específico” corre el riesgo de dejarse manipular por movimientos sindicales o partidos políticos que conducen luchas locales, ya que su intervención efectiva en las luchas depende de poder ser respaldado o seguido por grupos significativos. Riesgos que señalan una vez más su papel central en la difusión del saber, y que obligan a una redefinición del papel del intelectual específico.

Esta redefinición no tiene que ver con una vuelta nostálgica al “intelectual universal”, sino a darse cuenta de que ocupa una posición específica, pero de *una especificidad que está ligada a las funciones generales del dispositivo de verdad.*

Cada sociedad tiene su régimen de verdad, los tipos de discursos que acoge y hace funcionar como verdaderos, los mecanismos y las instancias para distinguir

lo verdadero de lo falso. En nuestras sociedades, -sigue Foucault- la “economía política” de la verdad está caracterizada por cinco rasgos históricamente importantes:

- 1.- está centrada en el discurso científico y en las instituciones que lo producen,
- 2.- está sometida a una constante demanda económica y política,
- 3.- es objeto de difusión y consumo, a través de la educación u órganos de información,
- 4.- es producida bajo el control dominante de grandes aparatos económicos o políticos,
- 5.- es el núcleo de discusión de todo un debate político y un enfrentamiento social (luchas ideológicas).

Dentro de esta ubicación en la producción de verdades, es donde su combate local o específico produce efectos, y tiene implicaciones que no son exclusivamente profesionales y específicas, sino que se ligan al régimen general de verdad tan importante para el funcionamiento y las estructuras sociales.

Las luchas por detentar la verdad significan, en última instancia, luchas por el poder, en términos del “...conjunto de reglas según las cuales se discrimina lo verdadero de lo falso...al estatuto de verdad y al papel económico- político que juega”(Foucault, M. Op.Cit. pag.).

Propone pensar los problemas políticos de los intelectuales en términos de “**verdad/poder**”, en lugar de “**ciencia/ideología**” . Con esto alude a una reformulación de la postura marxista, aunque pasando por alto la postura gramsciana en la que no es desde la ciencia exclusivamente donde se ejerce la hegemonía social, económica y cultural, sino, como ya hemos referido, sobre todo a través del “sentido común”.

La ciencia como tal solo ocupa un lugar en su concepción de la cultura y la acción humana. (Lo Mónaco, P. "A. Gramsci, reflexiones sobre la ciencia", Caracas, Edit. Tropykos, 1992).

"...siendo el hombre un devenir histórico, también el conocimiento y la realidad son un devenir, también la objetividad es un devenir.."(Gramsci, A., op.cit. pag 1449).

La ciencia, por tanto, es una categoría histórica, y en el aspecto en que mas le interesa a Gramsci es como provisionalidad en tanto creación de verdades científicas y en el aspecto metodológico, para rechazar la universalidad del método.(op. cit. Pags 1456-57)

Si fuéramos a tener en cuenta otras consideraciones teóricas, las nociones de "producciones de sentido" en la institución del imaginario social, de C.Castoriadis y las "luchas del poder por instituir significaciones"; la negativa de aceptar la posibilidad de una "neutralidad axiológica" de la ciencia por parte de la Escuela de Fankfurt, considerando que ésta es portadora de valores relacionados con la vigencia de regímenes políticos, el señalamiento de Althusser acerca del papel de los "aparatos ideológicos del Estado" como difusores de la ideología predominante, apuntan en la misma dirección: la necesidad de un poder persuasivo que surja desde el interior mismo del asentimiento social, el forjamiento de subjetividades acordes a este fin.